

NABOKOV Y LA LIBERTAD

Gonzalo Contreras

En este ensayo sobre la vida y obra de Vladimir Nabokov, Gonzalo Contreras subraya tanto el singular don de este gran narrador moderno para “ver las cosas en su inmanencia”, como su “independencia de espíritu”. Por cierto, en una época en que no se concebía otra postura que la del escritor comprometido políticamente con la izquierda, la autonomía defendida por Nabokov le acarrearía numerosos enemigos. Fue tildado de “descomprometido”, “reaccionario”, “arcaizante”, “nostálgico de la sociedad zarista”... Sin embargo, tal vez la única nostalgia que pudo haber tenido Nabokov—señala Gonzalo Contreras—es la de esa aristocracia del espíritu que siempre anheló, ya que por formación y antecedentes familiares “fue siempre un acérrimo (...) defensor de la libertad sin excepciones ni acepciones”.

No puedo negarlo ni quisiera ocultarlo: siento por Vladimir Nabokov una admiración que por momentos se acerca a la envidia. Por supuesto, no soy el único. En palabras de John Updike: “Escribe en prosa de la única manera que debería escribirse, en estado éxtasis... El mejor escritor norteamericano de su época. Un incomparable destilador de la inefable”. Si bien Nabokov se nacionalizó ciudadano norteamericano en los años cincuenta, resulta difícil adjudicarle en forma tan rotunda esa nacionalidad,

GONZALO CONTRERAS. Escritor y ensayista. Autor de la novela *La ciudad anterior* (Premio de novela de “El Mercurio”, 1991); su obra más reciente es *El nadador* (1995). Colaborador literario en diversas publicaciones nacionales.

aunque es comprensible que Updike lo quisiera para sí. Me confirma en esto George Steiner: “Excéntrico, huraño, nostálgico, deliberadamente fuera de su tiempo, como aspira a serlo y como frecuentemente es, Nabokov sigue siendo, en virtud de su extraterritorialidad, un hombre profundamente de su tiempo y uno de sus más destacados portavoces”. Su amigo Edmond Wilson, tal vez uno de los más lúcidos críticos norteamericanos del siglo, escribió a propósito de él: “Un maestro de la prosa inglesa, el fenómeno más extraordinario de ese tipo desde Conrad. Hay en Nabokov algo similar a Proust, algo similar a Kafka y, probablemente, algo similar a Gogol. No obstante, Nabokov es tan original como cualquiera de estos grandes escritores”. Anthony Burgess se limita a decir: “la mayor gloria literaria norteamericana”. Pese a todo, estos rotundos y aislados elogios tienen el aire del entusiasmo recóndito del *connaisseur*, y por lo tanto van dirigidos al excelente desconocido. Como se quiera, el nombre de Vladimir Nabokov en la historia de la narrativa contemporánea se ha mantenido en un discreto plano medio, esfumado por la figura de otros escritores cuya calidad no dice relación con su posición en la foto. El asunto tiene componentes de misterio y también de injusticia histórica. Se podrá decir, no hay tal... “de qué me habla, ¿no es Nabokov el autor de *Lolita*?” Sí, claro. La injusticia comienza en ese punto; la de ser considerado como el autor de una sola obra, la que, pese a su gran calidad, no refleja la plenitud de su genio. Nabokov sería el primero en irritarse al enterarse de este supuesto intento de reivindicación de su figura; fue el mismo quien se hizo cargo del enigma que siempre rodeó a su persona, y no por el afán de construir una leyenda en torno a sí —tarea en que tantos gastan lo mejor de sus energías—, sino porque la casi idílica combinación de obra y personaje terminó por tejer esa ignorada leyenda, que ya debiera ser un paradigma de la libertad en la actitud intelectual y en las posturas artísticas, de un hombre que nunca dejó de saber lo que estaba haciendo.

Atrabiliario, arcaizante, aristocratizante, cascarrabias, soberbio, descomprometido, genial, virtuoso, pícaro, reaccionario, son algunos de los epítetos que recibió, y que por supuesto provocaban en él un regocijado desdén. Hasta el final de su vida no comprendía del todo bien que el mundo pusiera los ojos en él. Como Borges, sospechaba de la gloria; pero, dado su bajo concepto de las cambiantes jerarquías artísticas, podía comprender con cierta ironía que una cuota le fuera conferida a él. Insistimos en que estos homenajes provinieron siempre de tajantes iniciados en su obra —tal vez sea mi caso— que no dudaron nunca de la grandeza e irrepetibilidad de ella. Salvo *Lolita*, ninguno de sus otros libros —más de una veintena— logró amplios tirajes, pero casi sin excepción recibieron una controvertida aunque

al final elogiosa crítica en la que resultaba difícil desconocer sus asombrosos dotes. El más socorrido argumento de sus detractores era que la fulgurancia de su lenguaje opacaba el nudo de sus relatos, lo que en el fondo quiere decir que no resulta tolerable la idea de que alguien escriba tan bien, tanto más cuando no se hace en la lengua materna. En palabras de su más exahustivo biógrafo, el irlandés Brian Boyd: “Aunque Nabokov era aclamado con frecuencia el mejor estilista de su tiempo, el carácter deliberado de su lenguaje ha perturbado a muchos lectores. A juicio de estos lectores, la fraseología de Nabokov llama demasiado la atención sobre sí misma y ello le impide expresar emociones genuinas o incluso decir *algo*. Esta opinión sitúa a Nabokov en buena compañía, ya que fue ésa exactamente la reacción que Shakespeare provocó en Tolstoi”.

Nabokov nunca se tomó la molestia de convencer a nadie del “contenido” de su narrativa y, más aún, progresivamente exacerbó sus pirotécnicas verbales para culminar en *Ada o el ardor*, una de sus últimas y más geniales obras, verdadero festín de su propia estética. El mismo dijo: “El estilo y la estructura son la esencia de un libro; las grandes ideas son idioteces”.

Butades como ésta, sin duda, le valieron numerosos enemigos, particularmente en una época —en verdad casi todo el siglo— en la que no se concebía otra postura que la del escritor *engagé*. La aparente indiferencia de Nabokov por las cuestiones de su tiempo creó en sus contemporáneos la equívoca idea de que trataban con un escritor “reaccionario”. La verdad es que nada está más alejado de la realidad. Por cierto, Vladimir Nabokov era noble, ruso, emigrado y odiaba sin disimulo el régimen soviético. Estas categorías bastarían por sí solas para trazar al carbón la caricatura de un nostálgico del régimen zarista o la de un ofuscado defensor de una sociedad aristocrática. Tal vez la única nostalgia que pudo haber guardado es la de esa aristocracia del espíritu que siempre anheló, ya que por su formación y antecedentes familiares, este noble ruso fue siempre un acérrimo liberal, defensor de la libertad sin excepciones ni acepciones.

Nabokov nació un día 23 de abril del último año del siglo pasado, curiosa coincidencia con Shakespeare —circunstancia que le gustaba remarcar—. Según la genealogía, ciencia que no le interesaba (salvo que entre sus ascendientes encontrara algún chiflado), la primera señal de los Nabokov se remontaría a Nabok Murza, príncipe tártaro que se rusianizó en el siglo XIV. “Nabok” vendría de la palabra de origen árabe, *nabah*. Pero es desde el siglo XVIII que los Nabokov comienzan a ocupar cargos militares y gubernamentales cercanos a la corte, pero “nunca cortesanos”, en palabras del mismo Nabokov.

Ya el abuelo de Vladimir, Dimitri Nikolaievich, da muestras de esa independencia de espíritu que caracterizaría a su hijo y se traspasaría naturalmente a su nieto. Los Nabokov pertenecían a la *dvoryanstavo*, término muy amplio que cubría desde la burguesía rural hasta la aristocracia con títulos. Los Nabokov no los tenían y el abuelo de Vladimir se encargó de que continuara siendo así. De alguna forma, las tres generaciones ordenaron sus biografías de manera de mantener respecto del poder, del que estaban tan cercanos, la distancia necesaria, propia de todo espíritu libre. Pero los antecedentes de rebeldía y liberalismo se remontan incluso al bisabuelo del autor. Ivan Nabokov contrajo matrimonio con la hermana del decembrista Ivan Pushin, quien fuera el mejor amigo de Pushkin. El movimiento decembrista intentó en 1825 poner en el trono al más liberal príncipe Konstantin e impedir la ascensión al trono del que sería Nicolás I. Para Nabokov, el que su bisabuelo hubiera frecuentado a los decembristas, y sobre todo a Pushkin, era parte de su nutrida mitología, uno de sus recuerdos más queridos.

El hijo de Ivan, Dimitri Nabokov, fue ministro de justicia tanto de Alejandro II como de su sucesor, Alejandro III; colaboró activamente con la reforma judicial de 1864, que amplió considerablemente las libertades públicas bajo el primer Alejandro, y se opuso tenazmente a las políticas reaccionarias del segundo, que intentó anular lo obrado por su padre, muerto en un atentado. Casi un siglo después, el célebre nieto escritor afirmarí: “Rusia ha sido siempre un país curiosamente desagradable a pesar de su magnífica literatura. Por desgracia, los rusos de hoy han perdido por completo su capacidad para matar a los tiranos”. Como sea, Alejandro III hizo dimitir a su ministro de justicia presionado por las fuerzas de la reacción, que lograron imponerse. La actuación pública de Dimitri Nabokov provocó en uno de los primeros marxistas de la época, Lev Deich, las siguientes palabras: “Era uno de los hombres de mentalidad más liberal de aquel período”. También lo era en sus costumbres privadas. Amante de la baronesa Nina von Korff, esposa de un general ruso, Dimitri se casó con una hija de ella para poder estar cerca de su amada. La relación no duró demasiado tiempo: terminó con un Nabokov totalmente endeudado por las extravagancias de su amante, de modo que cuando el zar le pidió su dimisión y, a manera de desagravio, le ofreciera el título de conde o cincuenta mil rublos, Dimitri Nabokov se vio obligado a aceptar esto último.

Sin embargo, Dimitri aparece sólo como un esbozo de un original que se aproximaba a una extraña perfección. La segunda versión es todavía más interesante. Sin duda el personaje más atractivo y decisivo en la vida de Vladimir Nabokov es su propio padre, Vladimir Dimitrievich Nabokov. Si

bien el matrimonio de Dimitri con la hija de su amante nunca fue feliz, les dio a cambio nueve hijos. Vladimir Dimitrievich era el sexto. A diferencia de sus dos hijos mayores, que asistieron a la Escuela Imperial de Jurisprudencia, Dimitri escogió para su tercer hijo hombre, el camino más “burgués” de la Universidad pública, lo que constituía toda una elección, debido a que, condecorado Dimitri por Nicolás II con la orden de San Jorge, sus hijos “pertenecían a la alta aristocracia por nacimiento, por educación y relaciones”. Vladimir D. Nabokov fue un alumno brillante y, ya por entonces, emitía juicios como que los derechos de los individuos ante la ley son “el fruto de una larga lucha política para garantizar la libertad política contra el poder del conjunto” y que “el esclavo de ayer se encuentra desde el principio absolutamente en el mismo nivel que el destacado terrateniente”. Por esos años, pese al recelo que despertaba entre sus pares por su condición social, Vladimir D. Nabokov se hace cargo de la sección de derecho penal de la revista liberal-izquierdista *Pravo*. En ella, como en el resto de su vida jurídica, Nabokov se declara abiertamente contrario a la pena de muerte, la que por esos tiempos en Rusia era de una pasmosa habitualidad. Como miembro fundador del Partido Democrático Liberal y elegido para la primera Duma (parlamento) de 1906, Vladimir Dimitrievich introdujo el proyecto de ley que abolía la pena capital. Sin embargo, pese a que fuera aprobado por unanimidad, Nicolás II disolvió la Duma antes de que el proyecto llegara a ser ratificado por el Consejo de Estado. Al respecto, una anécdota. El pequeño Vladimir, de sólo diez años, paseaba de la mano con su padre por una calle de San Petersburgo. De pronto, el joven abogado se detiene a saludar a un anciano de larga barba blanca y que vestía muy pobremente. Luego de un breve diálogo y cuando el anciano se alejaba, Vladimir Dimitrievich le dijo con desenvoltura a su hijo: “ese era Tolstoi”. Una vez disuelta la Duma y detenido el proyecto de Nabokov contra la pena de muerte, sólo en los dos años siguientes se sucedieron en Rusia dos mil ejecuciones, hecho que provocó que el “anciano de la larga barba” escribiera su célebre opúsculo *No puede callar*.

En el intertanto, Vladimir Dimitrievich se había casado con Elena Rukavishnikova, perteneciente a la pequeña nobleza de la provincia de Kazan y poseedora de una inmensa fortuna debida a unas minas en Siberia. Vladimir Nabokov describía a su abuelo materno, al que no conoció, como “un comerciante siberiano, barbudo, fabulosamente rico”. Vladimir D. y Elena tuvieron un feliz matrimonio que duró veinticinco años, y pese a sus marcadas tendencias progresistas, hizo con ella la acomodada y convencional vida de un aristócrata ruso. Es decir, poseían una gran mansión en San Petersburgo en el número 47 de la elegante calle Morskaya, dos fincas

próximas a la capital y cercanas entre sí, una en Vyra (aportada por Elena) y otra en Batovo (aportada por Vladimir D.; lugar donde, según Nabokov, Pushkin se batió a duelo con un tal Rileev), y solían pasar sus veranos en la Riviera francesa o en algún balneario alemán.

Pero el díscolo y arrogante espíritu de Vladimir Dimitrievich no lograba evitar los conflictos con las obligaciones de su clase. Miembro de la Joven Cámara desde 1895, Vladimir D. publica en *Pravo* el quemante artículo “El baño de sangre de Kishinev”, referido a la actuación policial en el *pogrom* de 1903, donde fueron masacrados cientos de judíos. El artículo, publicado sin autorización de la corte, le significó ser expulsado de la Cámara en 1905. Desde ese momento, en admiradas palabras de su hijo, “se zambulló resueltamente en la política antidespótica”. Continúa Vladimir Nabokov: “En un banquete oficial celebrado en 1904, se negó a beber a la salud del zar. Se dice que tuvo la desfachatez de poner un anuncio en la prensa donde comunicaba que su uniforme de la corte estaba en venta”. La exaltación que producen en el joven Vladimir estos actos de arrojo de su padre contra el despotismo, constituirán su gran patrimonio moral una vez que la Revolución lo arrojó para siempre de su país. Del mismo modo, en sus memorias (*Speak Memory*) Nabokov no puede ocultar su satisfacción al narrar el encarcelamiento que sufrió durante tres meses su padre en 1908 por participar en una reunión secreta de activistas liberales. Por su trayectoria, durante la primera fase del gobierno provisional luego de la caída de Nicolás II, Vladimir D. “ocupó en el Consejo de Ministros la responsable pero inocua posición de secretario ejecutivo. En el invierno de 1917-1918 fue elegido diputado de la Asamblea Constituyente, pero sólo para ser arrestado por unos enérgicos marineros bolcheviques en cuanto aquella fue disuelta. La Revolución de Noviembre había iniciado ya su sangriento curso, su policía empezaba a actuar, pero durante aquellos días el caos de órdenes y contraórdenes acabó favoreciéndonos; mi padre avanzó por un oscuro pasillo, vio una puerta abierta al final, salió a una calle secundaria y se encaminó hacia Crimea con una mochila que, cumpliendo sus órdenes, su criado Osip (a quien los pedantes bolcheviques fusilarían unos años después por apropiarse de nuestras bicicletas en lugar de entregarlas a la nación) le llevó a un rincón escondido, junto con un paquete de emparedados de caviar que el buen Nikolay Andeevich, nuestro cocinero, había añadido por su cuenta”.

Comenzaba el exilio de los Nabokov. La primera estadía de Vladimir y su hermano Sergei fue en Cambridge, Inglaterra, mientras sus padres permanecían en Alemania, país que Nabokov detestó con pasión. En Cambridge, el joven Vladimir dedicó su tiempo a la poesía, al tenis, el boxeo,

además de practicar con éxito el fútbol en el puesto de arquero. “Nunca entré siquiera a la biblioteca”, se encarga de acotar. El exilio no parecía, a simple vista, tan traumático como el mismo Vladimir lo hubiera podido imaginar. Las fotos de la época muestran a un joven de bello rostro que rema despreocupadamente en un soleado día por las aguas del Cam. Sin embargo, por esos mismos días de la borrosa fotografía, su vida estaba a punto de ensombrecerse del modo más brutal. Paul Miliukov, líder del Partido Democrático Constitucional en el exilio, daba una conferencia en Berlín en la cual proponía un cambio de estrategia de las fuerzas opositoras progresistas a la Revolución. La idea matriz de la conferencia —bastante ingenua— era que, ayudados los DC por las fuerzas socialistas revolucionarias que habían quedado fuera del proceso, provocarían un levantamiento de los campesinos contra el régimen bolchevique. En el mitin, donde había unas mil quinientas personas, Miliukov exponía su nueva política cuando una figura surgió de entre la multitud y ante la proclama “¡Por la familia del Zar y Rusia!” disparó contra el orador. Éste fue derribado por un compañero y puesto a salvo mientras que el padre de Nabokov, que estaba en medio del público, se arrojó contra el asesino, inmovilizándolo en el suelo. En ese instante, desde el mismo proscenio aparece un segundo sujeto que dispara contra Vladimir D. Nabokov, logrando alcanzarlo tres veces, dos en la columna y otro en el pulmón. Vladimir D. Nabokov murió en el mismo lugar. Se trataba de dos exaltados de la extrema derecha monárquica y restauracionista, convencidos de que los socialdemócratas eran los verdaderos culpables de la Revolución de Febrero. La muerte del padre constituye el primer gran golpe en la vida de Vladimir Nabokov.

En sus memorias, la figura del padre está aureolada casi mágicamente de aquellas virtudes que Nabokov pondría por delante de cualquier otra categoría: nobleza de espíritu, generosidad, independencia intelectual, desdén ante las cuestiones de clase o cuna, curiosidad científica y artística. La muerte de su padre no hace sino confirmar toda esta doctrina. Su padre será para siempre un modelo y la referencia obligada ante cualquier análisis de los hechos. Por otro lado, más allá de las cuestiones éticas, Vladimir D. es también quien lo introduce en la ciencia de la lepidopterología —en la cual ambos llegaron a ser reconocidos especialistas—, así como en la literatura. “Conocía *au fond* la prosa y la poesía de varios países, se sabía de memoria cientos de versos y sus poetas preferidos en ruso eran Pushkin, Tyuchev y Fet (sobre este último publicó un bello ensayo); era una autoridad en Dickens y, además de admirar a Flaubert, valoraba altamente a Stendhal, Balzac y Zola, tres detestables mediocridades, desde *mi* punto de vista.”

Un puñado de joyas rescatadas por el ya mencionado Osip, permitieron a la familia llevar dignamente sus primeros años de exilio; luego la pobreza fue total. De la finca de Vyra con cincuenta criados, Nabokov erró, después de su estancia en Cambridge, por todo tipo de habitaciones de estudiantes en un Berlín que detestaba. Cumplió las más diversas y tediosas tareas, como la de preceptor, profesor particular de ruso y de esgrima. Es necesario que nos detengamos en un punto que toca la relación de Nabokov con el dinero. Confiesa que poco antes de la Revolución, en 1916, su tío Ruka (hermano de su madre) “me dejó lo que en la actualidad ascendería a un par de millones de dólares más su finca campestre, con su mansión de blancas columnas en lo alto de una verde y escarpada colina”. Continúa: “...me resulta extraño y un poco desagradable pensar que durante el breve año en que poseí esa fortuna personal, estuve demasiado absorto en los placeres corrientes de la juventud —una juventud que perdía rápidamente su primer e inusual fervor— tanto para extraer ninguna satisfacción especial de la herencia como para experimentar fastidio alguno cuando la Revolución Bolchevique la abolió de la noche a la mañana”.

La siguiente cita, extraída también de sus memorias, fija rotundamente la posición de Nabokov respecto de su condición casi profesora de *no man land*. El tono es delicioso y la reproduzco por completo:

Este párrafo no es para el lector en general, sino para el idiota en particular que, porque ha perdido su fortuna en alguna quiebra, cree comprenderme.

Mi antigua (desde 1917) querrela con la dictadura soviética no tiene relación alguna con asuntos de propiedad. Mi desprecio para el *émigré* que “odia a los rojos” porque le “robaron” su dinero y sus tierras no puede ser más absoluto. La nostalgia que he estado acariciando durante todos estos años no es dolor por los billetes de banco perdidos sino una hipertrofiada conciencia de infancia perdida.

Y finalmente: me reservo para mí mismo el derecho de añorar un nicho ecológico:

...Bajo el cielo

De mi América, en donde suspirar

Por *un* lugar en Rusia.

El lector en general puede ahora continuar.

Pero las cosas no siempre son como Nabokov quiso hacerlas aparecer. Si bien le irritaba el estereotipo del nostálgico exiliado ruso, escribe desde Cambridge a su madre que por ese entonces se encuentra en Berlín: “Querida madre... Ayer me desperté en plena noche y le pregunté a alguien

—no se a quién—, a la noche, a las estrellas, Dios: ¿de verdad que *nunca volveré*, de verdad que todo ha terminado, ha sido borrado, destruido?”

Como bien dice, la “vieja querella” ocupó en su vida un espacio más bien sentimental, y salvo en novelas como *Invitado a una decapitación*, trató el tema con sarcasmo e ironía, ya que al menos, en asuntos políticos, su espíritu no pudo seguir al de su padre. Tal vez la única participación política de Vladimir Nabokov fue durante su estadía en Cambridge. Por esos años, principios de la década del veinte, Rusia era un tema central en la discusión académica. El joven Nabokov fue invitado a participar en un debate en el Trinity College. La crónica describe su participación: “Mister Nabokov habló con conocimiento personal del bolchevismo, y lo calificó de enfermedad repugnante. Lenin estaba loco, los demás eran unos sinvergüenzas. Hizo referencia al reparto de un piano entre varias personas que lo reclamaban; reminiscencia de Salomón. Aconsejó ayuda inmediata de Inglaterra apoyando a Denekin y Kolchack, y negativa a tratar con los bolcheviques”. Dado que el medio intelectual inglés por esa época expresaba una tibia adhesión a la Revolución, quien sería considerado loco fue Nabokov, y el tono de la recensión refleja ese espíritu. La verdad es que Nabokov habló durante dieciocho minutos sin parar, y luego de eso, se quedó en blanco. Lo que hizo no fue más que recitar, con su prodigiosa memoria, un artículo que había escrito su padre.

Sin duda, la obra donde trata más a fondo el problema del intelectual ante la historia es en su más extensa novela rusa (quiero decir escrita en ruso), traducida al castellano como *La dádiva* o *El don*, y que es también la más autobiográfica de sus novelas acerca de sus primeros años de exilio. En ella el personaje, un joven aprendiz de escritor, recibe el encargo de realizar la biografía de Chernishevsky, personaje central de la cultura rusa. Nikolai Chernishevsky, mucho antes que se entronizara la Revolución de Octubre, es el verdadero fundador del realismo socialista. A mediados del siglo XIX, momento en que se gestan los primeros movimientos sociales, Chernishevsky proclamaba la idea que la literatura debía cumplir un rol social y político, directamente ligado a la emancipación de los pueblos. Lo mismo que Dostoyevsky, Chernishevsky es sometido a un simulacro de fusilamiento, y luego deportado a Siberia. Curiosamente, fue el ministro de justicia, Dimitri Nabokov, quien abogó ante Alejandro III por el traslado de Chernishevsky a la más hospitalaria zona de Astracán. La biografía de Chernishevsky contenida en *La dádiva* es una mezcla, por lo demás divertidísima, de una descarnada mofa del sistema autoritario zarista, con sus arbitrariedades y cegueras propias del despotismo, al tiempo que una burla jocosa también de las burdas ideas de Chernishevsky, que, en palabras de Boyd, “ejerció en la Revolución

de Octubre más influencia que Karl Marx”. “Chernishvsky y sus discípulos —escribe Simón Karlinski— son las personas que suministraron el estilo revolucionario, la ética y la estética tanto del marxismo ruso como del anarquismo ruso. Debido a las ideas que Chernishvsky formuló en el decenio de 1860, las sociedades comunistas de hoy son puritanas en cuestiones sexuales y utilitarias de modo simplista en su forma de enfocar las artes”. En el ambiente que vivió Nabokov sus primeros años de exilio en Berlín, compuesto mayoritariamente por exiliados socialistas, Chernishevsky gozaba de gran respeto, y la biografía que termina el joven autor en la novela, es naturalmente rechazada por su ficticio editor ruso.

Chernishevsky representaba para Nabokov todo aquello que no debe ser un artista. “Considerando que la mejor escuela para un escritor es la soledad, generalmente me he mantenido apartado de la ‘vida literaria’”, afirmaba. La llamada “vida literaria” entrañaba para Nabokov la adscripción a postulados estéticos o políticos que invariablemente entraron en conflicto con su elaboradísima singularidad que cultivó como uno de sus más preciados valores, y en los cuales la crítica, sea quién sea la víctima, cumple un rol central: “Después del derecho a crear... es el don más rico que puede ofrecer la libertad de pensamiento y expresión”. Los planteamientos de Chernishvsky no podían ser más antagónicos en el plano de la independencia del espíritu, y más aún, en la misma estética. “El arte nos ha abierto los ojos como para que veamos la calidad del detalle, la integridad, la armonía, cualidades que ahora podemos reconocer como parte de la inherente calidad artística de la vida”.

Sin duda, esa postura, primariamente observada como una adhesión al “arte por el arte”, dejó fuera a Nabokov de todos los movimientos que se sucedieron a la largo del siglo y que él vivió en un perfecto camino paralelo. No hay uno solo de los “ismos” del siglo que haya contado con Nabokov entre sus miembros. Desde *Mashenka*, su primera novela, Nabokov no hace sino perfeccionar las modulaciones de su propio lenguaje, en una búsqueda incesante para comunicar la mayor belleza y expresividad de los matices de las personas, las cosas, la naturaleza y su afortunada combinación. No cabe duda que esta díscola actitud fue castigada por las organizadas *intelligentsias* de turno que fingieron ignorar obras tan notables como *La defensa*, *La dádiva*, *La verdadera vida de Sebastián Knihgt*, *El ojo*, *Rey*, *Dama Valet*, por nombrar sólo algunos de los títulos anteriores a *Lolita*. El mayor recurso contra su descalificación, como decíamos, era su ceñido formalismo y su maniática relación con la textura de las palabras. Esto llevaría a la estéril cuestión de forma y contenido, cosa que no vamos a soslayar siquiera, porque Nabokov se reiría de nosotros.

El asunto es sin duda más profundo. Obedece a una visión del mundo y de la naturaleza humana que Nabokov llegó a desarrollar con un rigor casi científico. No es de extrañar que entre la numerosa galería de personajes detestados por Nabokov, Freud ocupara un lugar de privilegio. Nabokov contemplaba el mundo como un variado espectáculo disonante y confuso, donde, sin embargo, subyacía una suerte de armonía que nos era dado aprehender. Según sus palabras, el escritor, el ser humano, debía abocarse a encontrar su “posición respecto del universo abrazado por la conciencia”. En otros términos, es la propia conciencia activa la que organiza ese caos que es sólo aparente. Uno de los aspectos más deslumbrantes de la prosa de Nabokov es la de aislar un objeto, una persona o un incidente —para Nabokov una gota que tiembla en una hoja luego de una lluvia reciente tiene el mismo valor que un individuo pálido arreglándose la corbata ante un espejo—, en su máxima especificidad, hasta alcanzar éste vida propia y autónoma, para luego proceder al milagro de relacionarlo en el orden natural que ha creado en su espacio literario. Nabokov insiste en lo que él llama “el arte combinatorio”, que más que un vanidoso despliegue de destreza verbal o imaginativa, representa esa conciencia en acción cuyo límite cognitivo, si se quiere y se tiene el talento, sería casi infinito. Del mismo modo que esta visión lo sitúa en las antípodas de cualquier determinismo sicologizante (léase Freud), lo aleja también de cualquier visión trascendente de la vida. Su mirada es, por decirlo así, horizontal, si bien plantea la posibilidad de un ascenso en el conocimiento de esa “infinita” red de relaciones inefables. En su aspecto más técnico, esta “técnica”, si podemos llamarla así, se hace nítida en la total autonomía de sus personajes. Esta autonomía se expresa a través de una particularidad de Nabokov, que es la de que sus personajes, casi sin excepción, por idiotas, necios, mezquinos o ruines que sean, están siempre satisfechos de sí mismos, y observan despreocupadamente el mundo como si éste se hubiera organizado en la justa y precisa medida de su estrecha visión. No poseen, contra toda la tradición narrativa del siglo veinte, esa común mala conciencia con que se arrastran por las miles y miles de páginas que se han escrito desde la aparición de Freud y desde que su teoría del inconsciente entrara en escena. Sus otros personajes pueden ser refinados, extraordinariamente cultos, cínicos y hasta perversos, pero, también en este caso, no conocen la culpa. En palabras de Bryan Boyd, “Nabokov nos envuelve con frecuencia en la conciencia de un personaje y no nos deja salir hasta que hemos perdido la orientación: la realidad externa parece presentar todavía sus impecables credenciales, pero descubrimos con un sobresalto que nos encontramos atrapados en el sueño, la alucinación, la locura o el último esfuerzo mental de un cerebro moribun-

do”. Nabokov deja que sus personajes viajen hasta el final último de sus propias posibilidades psicológicas, de las cuales él parece participar sólo como un divertido espectador. Los detalles nimios o absurdos en que repara tal o cual personaje cobran una vida y una elocuencia desarmantes, y estos hallazgos tienen siempre el carácter de un encuentro revelador. La naturaleza, en cualquiera de sus expresiones —un viento que vuelve del revés un paraguas, un imprevisible charlatán que nos desvía de nuestro camino, una agria *concierge* que nos cierra la puerta anhelada—, bien puede mofarse de un personaje ridículo y a la vez pagado de sí mismo, creando con ello un tramado de significaciones que muchas veces pueden parecer gratuitas, pero que las más de las veces dan en el blanco en cuanto a su “posición —del personaje— en el universo abrazado por *su* conciencia”.

Pocos narradores como Nabokov —tal vez sea el único— han poseído ese don de ver las cosas en su inmanencia y sus resueltos significados en la vida de sus personajes. En sus cursos de literatura rusa y europea, dictadas en la Universidad de Cornell, sus alumnos se sorprendían del acento que ponía en las características del vagón de tren en que viajaban Anna Karenina y Vronsky, o en qué tipo de bicho se había convertido Gregorio Samsa. Nabokov encuentra en el mundo físico y tangible, filtrado por nuestra ágil conciencia, un milagro, podríamos decir casi alegre, en sus conclusiones y posibilidades, como nadie ha podido hacerlo hasta ahora. Para terminar, una anécdota. Nina Berberova, notable escritora rusa del exilio —recién redescubierta— y que participaba del mismo momento literario de Nabokov en Berlín, preguntó una vez quién publicaría en el siguiente número de la revista *Sovremennye Zapiski*. “Nabokov” —respondió el director, quién no sentía gran simpatía por nuestro autor. Luego de leer uno de los capítulos de *La defensa*, libro que Nabokov fue entregando por encargos, la Berberova escribió: “Ante mí tenía un tremendo, maduro y avanzado escritor moderno, un gran escritor ruso, que como un Ave Fénix nació del fuego y de las cenizas de la Revolución y el exilio. A partir de ahora nuestra existencia adquirió significado. Toda mi generación quedó justificada. Estábamos salvados”. □